

violenta, con inmensos medios, y prodigando la sangre de los hombres. Ya con esta mira había dirigido un vasto material de Abrantes á Elvas, y encaminado sucesivamente todas sus divisiones sobre el Alentejo, teniendo cuidado de permanecer en persona junto al Coa, para que no se sospechase su designio. Le salió á maravilla, en el sentido de comprenderse en Badajoz que se trataba de los preparativos de un asedio, pero no de la reunión del ejército inglés entero delante de esta plaza, y de ignorarse todo así en Castilla como en Andalucía.

La guarnición de Badajoz no había cesado de lanzar el grito de alarma cerca del mariscal Soult y de pedirle pronto socorro. Razonando el mariscal á semejanza de la mayor parte de los hombres, pensando que las circunstancias sobrevenidas una vez sobrevendrían otra, no haciéndose cargo de las variaciones efectuadas, creyó que Badajoz, que ya había resistido cerca de dos meses, contendría al enemigo un mes cuando menos, sobre todo habiendo sido perfeccionadas sus defensas; que así tendría tiempo de acudir en su ayuda; que también el mariscal Marmont acudiría por su parte y que no debía inquietar seriamente la amenaza de un nuevo sitio.

Sin embargo, hubiera debido calcular que los socorros esperados de lejos eran una cosa con que prudentemente no debía contarse; que los ingleses habían sido muy inhábiles en el primer sitio de Badajoz, pero que acaso procedieran mejor en el segundo y con mayores medios, y que por tanto convenía poner á lo menos esta plaza en perfecto estado de defensa. Y una guarnición de cinco mil hombres, reducidos á cuatro mil cuatrocientos algo antes del sitio, y á cuatro mil á la hora de la embestida, era insuficiente del todo. Para desbaratar una vez más los proyectos de los ingleses se necesitaran diez mil hombres que tuvieran en proporción de su número los víveres y las municiones. Por ejemplo, mucho más valiera elevar la guarnición de Badajoz á este guarismo que dejar en Extremadura el cuerpo del general Drouet en la imposibilidad de hacer otra cosa que retirarse á la primera aparición de los ingleses. Después de destacar las tropas que á Badajoz hubieran de ser destinadas, conviniera agregarse el resto, y aumentada la guarnición con cinco mil hombres y alguna caballería, se hallara en disposición de extender sus correrías á lo lejos, sirviera mejor que la tropa del general Drouet de cuerpo de observación en Extremadura, y llegara á mostrarse casi invencible si era sitiada. Además se hubiera podido proveer á sí misma tanto de víveres como de madera. Ahora bien: á fines de febrero, cuando se cumplía un mes de la toma de Ciudad Rodrigo y el plan de un nuevo asedio era ya ostensible, sólo contaba la guarnición con subsistencias para alrededor de dos meses, carecía de pólvora para un largo sitio, carecía sobre todo de maderas adecuadas para hacer empalizadas y blindajes, y no cesaba de pedir los objetos de que se hallaba desprovista. Aun los víveres que tenía se los proporcionó la mayor parte, levantando por sus propias manos los panes á una distancia de tres leguas. A la verdad las defensas de la plaza habían sido mejoradas tanto á la derecha como á la izquierda del Guadiana. A la orilla derecha habían sido reparadas las brechas del fuerte de San Cristóbal, vueltas á levantar las contraescarpas, ahondados los fosos en la peña viva. A la orilla izquierda fué puesto en estado de defensa el castillo, escarpa-

do al pie de la roca sobre cuya cumbre se alzaba, perfeccionada la luneta de la Picurina que lo cubría, considerablemente aumentada la inundación del Rivillas por medio de una grande retención de aguas, y finalmente enteramente cercado á la gola el fuerte de Pardaleras. Siempre la parte más expuesta era la de los frentes del Sudoeste, formando salida, pero se practicaron minas delante de ellos para ahuyentar de allí al enemigo. Desgraciadamente faltó madera para empalizar los fosos y para establecer los blindajes, pero el heroísmo de la guarnición permitía prescindir de tales resguardos, y permanecer al descubierto bajo las bombas y las granadas. Por último, según acaba de ser manifestado, no había pólvora en cantidad bastante, y los víveres, que por febrero hubieran alcanzado á una resistencia de dos meses, no daban ya de sí más que para marzo.

Tal era el estado de la plaza cuando los ingleses aparecieron bajo sus muros el 16 de marzo de 1812, contando como en Ciudad Rodrigo terminar el asedio antes de que se lo pudiera impedir la concentración de nuestras fuerzas. Cincuenta mil hombres llevaban por lo menos, un inmenso material, y no siendo más hábiles en el arte de sitiar las plazas que al tiempo de la toma de Ciudad Rodrigo, se hallaban resueltos á avanzar con los aproches nada más que hasta establecer las baterías de brecha, luego á abrir á la vez muchas, y á aprovecharse de su superioridad numérica para dar simultáneamente dos ó tres asaltos, medio costoso, pero probabilísimo de acabar con una guarnición poco numerosa, por muy denodada que fuese.

Desde el primer día la embestida de Badajoz fué completa, y sin pérdida alguna de tiempo quedó elegido el punto de ataque. Disgustados de toda tentativa contra el fuerte de San Cristóbal de resultados de los escarmientos del año precedente, dirigieron sus esfuerzos hacia la orilla izquierda del Guadiana, esto es, contra la plaza misma. Aunque más fácil el ataque por el lado del Sudoeste, fué una vez más descuidado, si bien ahora por el temor que inspiraban los hornos de mina practicados en esta parte del terreno. Se trasladaron los ingleses al Este hacia el castillo, y hacia los frentes contiguos á la puerta de la Trinidad, á pesar de la inundación del Rivillas y á pesar de la luneta de la Picurina. Delante de esta obra no acabada, de muy débil relieve, cerrada á la gola por una simple empalizada y que sin dificultad podía ser tomada por asalto, abrieron la trinchera al día siguiente de la acometida, que fué el 17. Tomada esta luneta, era fácil formar allí un establecimiento para batir en brecha los frentes contra los cuales se dirigía el nuevo ataque. Dos días después quisieron los sitiados emplear un medio muy usual y eficazísimo, cuando la guarnición es bizarra y resuelta, á saber, las salidas que, destruyendo las obras de los sitiadores, prolongan la duración de los aproches, y de consiguiente la de la resistencia. Una salida, ejecutada con vigor, alejó á los ingleses de sus trincheras, permitió cegar parte de ellas; pero, según costumbre, siguióse una carga ofensiva del enemigo, y nuestros soldados, en vez de retirarse sin falso orgullo, puesto que estaba cumplido su objeto, se empeñaron en disputar el terreno, y tuvieron veinte muertos y ciento sesenta heridos. No perdieron los ingleses menos de trescientos hombres. Para ellos no era nada, contando cincuenta mil combatientes, al paso que

para nosotros era mucho, que apenas teníamos cuatro mil en estado de esgrimir las armas. Así se hubo de renunciar á este medio poderoso de prolongar la defensa, bien que peligrosísimo cuando la guarnición es escasa,

Impulsados los trabajos con actividad extremada, ya el 25 de marzo pudieron los ingleses batir en brecha la luneta de la Picurina con veintitrés bocas de fuego, demolieron la punta saliente, y empezaron á derruir los costados. Por la noche sin más tardanza la asaltaron con tres fuertes columnas y reservas. No estaba defendida la luneta más que por doscientos soldados, sacados de todos los regimientos, por ser imposible en el estado de la guarnición destinarla más gente; pero más valiera tomar hombres pertenecientes á un batallón mismo, y prontos á portarse como individuos que se conocen unos á otros. Al foso se lanzaron las tres columnas (pues los ingleses persistían en el sistema de no avanzar con los aproches hasta el borde del mismo foso), una se trasladó hasta el respaldo de la obra, trató de arrancar las empalizadas para entrar por la gola, pero retrocedió á consecuencia del vivo fuego de fusilería; otra, queriendo penetrar por la brecha, fué igualmente rechazada; pero la última, aplicando las escalas al frente menos resguardado llegó hasta el parapeto á la hora en que, rehecha la segunda columna, escalaba la punta saliente medio demolida. Teniendo que hacer frente la pequeña guarnición al mismo tiempo á dos invasiones, no pudo efectuarlo, y hubo de rendir las armas á los pocos instantes. Ochenta y tres hombres fueron muertos ó heridos y ochenta y seis quedaron prisioneros. El enemigo perdió cerca de trescientos cincuenta soldados.

Nuestra artillería hizo al punto un fuego terrible contra los vencedores poseionados de la Picurina, logrando que su permanencia allí les fuera dañosa. Mucho tardaron en volver las tierras para ponerse á cubierto del lado de la plaza, pero á fuerza de operaciones y de medios materiales y sacrificando mucha gente, acabaron por crearse un abrigo en la obra conquistada, y emprendieron establecer baterías de brecha contra los dos bastiones correspondientes á la luneta de la Picurina. Desde entonces abandonaron casi todas sus baterías, cuyo sitio fué mal escogido, y se atuvieron exclusivamente á las nuevas, que, por lo inmediatas, les permitían ver hasta el pie del muro del recinto. Admirablemente servida la artillería francesa, les hacía pagar cara esta temeraria conducta; pero la pólvora empezaba á estar escasa, y la guarnición suplía el fuego de los cañones por el de fusilería, que dirigían los mejores tiradores de cada regimiento contra los artilleros ingleses. Si la guarnición tuviera bastante pólvora y bastante gente, este fuera el caso de juntar á un gran fuego de artillería una salida vigorosa contra el establecimiento formado en la gola de la Picurina. Una salida venturosa sobre punto tan inmediato, probablemente destruyera todas las ventajas adquiridas por los sitiadores, haciéndolos retroceder adonde se hallaban á los principios del asedio. Mas fuera necesario emprender esta salida con mil y ciento ó mil doscientos hombres, y sacrificar acaso trescientos ó cuatrocientos, y la guarnición debía reservar su pólvora y sus soldados para el día supremo y decisivo del asalto.

Este momento no podía tardar á la vista de los rápidos progresos de los sitiadores, que ya no podían ser

contenidos por los sitiados. Sin embargo ya la guarnición había ganado quince días, verdad es que sacrificando setecientos de cuatro mil hombres, sin que todavía lograra el enemigo batir en brecha los dos bastiones por los cuales estaba resuelto á penetrar en la plaza. Contra ellos y para derribarlos consiguió establecer el día 31 diversas baterías, conteniendo veinte bocas de fuego de grueso calibre. Prolongó sus trincheras á derecha é izquierda para levantar otras muchas baterías, cuyo objeto era responder á la artillería de la plaza, enfilas las defensas y abrir hasta tres brechas. A poco tiempo hubo en posición cincuenta y dos piezas de grueso calibre con las cuales se rompió un fuego espantoso. La guarnición, que había reservado sus municiones para el postrer instante, respondió con un fuego no menos violento. Desmontó muchas piezas, pero, rebosando los ingleses de material y acreditando grande arrojo, reemplazaban las piezas desmontadas en medio de sus derruidos espolones y bajo una granizada de proyectiles. Nuestros artilleros, que no consentían ser superados, ni igualados siquiera, se mantenían en las destruidas troneras de sus cañones, y redoblaban sus esfuerzos, bajo las bombas, balas y granadas. Ya la guarnición había llegado á ese estado de exaltación en que no se hace caso de los peligros, y todos habían jurado perecer antes que rendir su bandera é ir á pudrirse á los infectos pontones donde Inglaterra, con mengua de su civilización, hacía morir á nuestros prisioneros. En esta formidable lucha los habitantes salían peor librados que todos: de quince mil habían quedado cinco mil á lo sumo, indigentes la mayor parte. Los alimentaba la guarnición con sus economías, pues tuvo la humanidad de componerles, con las sobras de su carne, y de sus legumbres, un alimento que les impedía morir de hambre. Pero, no teniendo casamatas, ni blindajes para ella misma, y sabiendo prescindir de este resguardo, no les podía librar de los estallidos de las bombas, entre las cuales vivían con audacia. Así gemidos horribos llenaban esta ciudad desolada y desgarraban el alma de nuestros soldados, insensibles á sus propios peligros, si bien llenos de compasión hacia los infelices, á quienes al cabo de quince meses se habían acostumbrado á considerar como compatriotas.

Finalmente se acercaba el instante supremo. Tres anchas brechas habían sido practicadas en la mampostería de los bastiones atacados. Después de desparramar el sitiador sus fuegos, habíalos concentrado ahora sobre dos bastiones, llegando á disminuir el nivel de la inundación por el medio de destruir parte de las retenidas y hacer abordables las brechas, sin imponerse á pesar de todo la precaución, que, omitida, le debía de costar caro, de derribar la contraescarpa, conforme á las reglas comunes del arte.

Lord Wellington hizo á la guarnición el honor de no dirigirla intimaciones, sabiendo que toda proposición de capitular sería infructuosa. Efectivamente, habiendo reunido el gobernador á sus principales oficiales, todos estuvieron contestes y con reiteradas aclamaciones de las tropas, en que se aguardaría el asalto y perecerían todos con las armas en la mano antes que rendirse. Al punto corrieron á las brechas para emplear allí todos los recursos que el arte más ingenioso puede ofrecer para reprimir á un enemigo resuelto. El hábil é intrépido

do comandante de ingenieros indicó y trazó las obras, que los soldados ejecutaban con entusiasmo. Mientras la mitad de ellos guardaban los baluartes, la otra mitad trabajaba en el foso, limpiaba el pie de las brechas, lo cual es peligrosísimo, aunque posible, cuando el enemigo no ha tomado posesión del borde del foso. Los hombres caían bajo las bombas y las granadas, pero otros continuaban haciendo desaparecer la subida formada por los escombros. Desgraciadamente la artillería inglesa, prosiguiendo su obra de demolición, restablecía pronto aquellas subidas. Así el recurso más positivo era el creado sobre el mismo baluarte, donde se construyó una segunda trinchera detrás de las brechas, teniendo delante caballos de frisa, á los costados barriles de explosión, barreándose además las calles que desembocaban en los puntos de ataque. Se había preparado otro formidable recurso. Persistiendo el enemigo en no avanzar con los aproches hasta el borde del foso, y no derribando, por consiguiente, la contraescarpa (que es la pared del foso opuesta á la plaza), se podía trabajar al pie de esta contraescarpa como se quisiera. El comandante de ingenieros Lamare hizo colocar allí una larga cadena de bombas cargadas y de barriles llenos de artificios y enlazados unos á otros por un reguero de pólvora, al cual el bravo oficial de ingenieros Mailhet, escondido en el foso, debía prender fuego en el instante del asalto.

Dispuesto así todo, situadas las tropas escogidas sobre la cima de las brechas con tres fusiles para cada hombre, hallándose armadas á los costados piezas cargadas de metralla, y á las órdenes del gobernador en la plaza mayor de la población una reserva tan numerosa como fué posible, aguardóse el asalto. Todo lo había prevenido lord Wellingtón para darle el 6 de abril por la noche, á los veintidós días de su llegada delante de Badajoz; pero había resuelto darle con tal masa de fuerzas que el éxito fuera casi infalible, aunque hubiera de sacrificar una mitad más de hombres que los que había perdido en las más reñidas batallas.

Con efecto el 6 de abril y como á las nueve de la noche vomitó sobre la plaza torrentes de fuego la artillería de los sitiadores. Dos divisiones á las órdenes del general Coleville se encaminaron directamente á las brechas, mientras la división de Picton se trasladaba con escalas á la derecha para ver de escalar el castillo por un lado, cuya debilidad estaba reconocida, y mientras torciendo á la izquierda la división de Leith iba á intentar otra escalada á la extremidad del Sudoeste, descuidada por los ingleses hasta entonces. Las dos columnas mandadas por el general Coleville llegaron al borde del foso, saltaron dentro y corrieron de seguida á las brechas. Su aparición fué señalada por un grito general de nuestros soldados; se les dejó venir, y cuando empezaron á trepar los escombros, el fuego de fusilería les recibió de frente y á quemarropa, la metralla les cogió de flanco y les hizo rodar en tropel sobre la brecha. Al tiempo de querer sostener á la cabeza de la columna su cola le estaba reservada otra prueba. Descendido al foso el teniente de ingenieros Mailhet en medio de esta refriega horrorosa, y aguardando el momento propicio con la mecha en la mano, puso fuego al largo rosario de bombas y de barriles de artificios dispuesto al pie de la contraescarpa. Entonces comenzó á espaldas de las

columnas y bajo las plantas de los que las sostenían una serie de formidables explosiones, que sucediéndose de segundo en segundo lanzaban alternativamente metralla, cascots de bombas y torrentes de luz siniestra. Por momentos esta luz mortífera brotaba de la obscuridad, era reemplazada por las tinieblas, brotaba nuevamente, y siempre se escapaba de ella la muerte bajo mil formas. Desgraciadamente el intrépido Mailhet fué también herido por un casco de bomba. A pesar de su bravura, las dos divisiones inglesas enviadas á las tres brechas hubieron de ceder á lo violento de la resistencia, y de perder su empuje bajo el fuego continuo de fusilería y de metralla que les abrumaba. Ya habían sucumbido cerca de tres mil ingleses y lord Wellingtón iba á ordenar la retirada, cuando la escena cambió en otros puntos. A la derecha del ataque, el general Picton con rara intrepidez hizo arrimar las escalas á uno de los flancos del castillo. Hesseses tenían á cargo su custodia; ora por sorpresa, ora por turbación, ora por infidelidad, dejaron invadir el precioso reducto fiado á su lealtad y á su denuedo, y lanzándose al punto un oficial inglés sobre las puertas que daban á la ciudad, apresuróse á cerrarlas, con el fin de establecerse sólidamente en el castillo antes de que los franceses tuvieran tiempo de acudir en su ayuda. El gobernador Philippón, que había sido engañado muchas veces por falsos gritos de alarma y que conservaba su reserva para un peligro extremo, negóse de pronto á creer la noticia de la invasión del castillo. Convencido, aunque tarde, de la realidad del hecho, determinóse á enviar allí cuatrocientos hombres. Recibidos éstos con un fuego mortífero se detuvieron delante de la primera puerta. Se presentaron en la segunda é hicieron inútiles esfuerzos por forzarla. Con el deseo de abrirse la entrada del castillo y de expulsar de allí á los ingleses, se apresuraron á ir en busca de parte de las fuerzas que defendían los frentes del Sudoeste, descuidados por el enemigo hasta ahora y al parecer poco amenazados. De consiguiente quedaron desguarnecidos del todo para tentar la reconquista del castillo. Entonces la división de Leith, que meditaba la escalada por este lado, hallando abandonado el baluarte y echando una porción de escalas, logró trepar al muro, gracias á su elevación corta. De seguida corrieron los asaltadores á lo largo del baluarte con el fin de coger por la espalda á las tropas que hasta entonces habían defendido victoriosamente las tres brechas. Al verlos el puesto que defendía el frente más inmediato corrió á su encuentro á la bayoneta y los detuvo, pero muy luego tornando á cargar en masa, recuperaron la ventaja sobre nuestros soldados poco numerosos y se derramaron en la ciudad por todas partes. Entonces se introdujo una confusión indecible en la guarnición heroica que disputaba los restos de Badajoz al enemigo. Cogidos por la espalda los defensores de las brechas se vieron obligados á la rendición ó á la fuga. El gobernador, el comandante de ingenieros y el estado mayor, después de hacer cuanto se podía esperar de ellos, corriendo al puente del Guadiana, trataron de retirarse con algunas reliquias de la guarnición al fuerte de San Cristóbal para continuar allí la defensa; pero perdieron la libertad ó la vida. No quedaba más arbitrio que someterse al vencedor tras resistencia tan prodigiosa.



1812. — DESRUÉS DE BADAJOZ, dibujo de R. Catón Woodville

Al día siguiente fueron llevados al campo de lord Wellington, que, aun recibiéndoles con cortesía, negóse á dar oídos á sus instancias en favor de la desgraciada ciudad de Badajoz. De cierto ni á nosotros nos tocaba interceder por los españoles, ni á los ingleses castigarles por nuestra resistencia; pero lord Wellington, después de recibir costésmente á nuestros oficiales, entregó sin piedad la ciudad de Badajoz al saqueo. ¡No necesitaban menos las tropas que tan bizarramente habían subido al asalto!

Nos costó el sitio de Badajoz cerca de mil quinientos muertos ó heridos y tres mil prisioneros, si bien á lord Wellington le costó más de seis mil hombres fuera de combate, es decir mucho más que ninguna de sus batallas. Tres mil le hizo perder solamente el asalto. ¡Triste compensación para nuestro doble infortunio! No por esto lord Wellington dejó de conseguir su objeto, realizando la idea de emplear algunos días, que nuestros movimientos descosidos le dejaron, para apoderarse de Ciudad Rodrigo y de Badajoz: ¡plaza tras plaza, Ciudad Rodrigo y Badajoz nos eran arrebatadas, Portugal se nos había cerrado, y ya toda España quedaba abierta á los ingleses!

Al saber el mariscal Soult el peligro de Badajoz, que se le había señalado hartas veces, abandonó tardíamente las líneas de Cádiz, donde se ocupaba en disparar sobre la rada bombas de poco efecto, y se puso al fin en marcha para socorrer á la plaza sitiada. Llevaba consigo veinticuatro mil hombres, única tropa activa de que le fué lícito disponer, obstinándose en conservar á Granada y Sevilla, y corría á Llerena con la esperanza de encontrar allí al mariscal Marmont como el anterior verano con treinta mil hombres. ¡Vana esperanza! ¡El mariscal Marmont no estaba en aquel punto! La noticia del desastre de Badajoz consternó al mariscal Soult de veras, pues se le había despojado del único trofeo de su campaña de Andalucía, y lord Wellington tenía abiertas todas las puertas para operar en su territorio y el de Extremadura, si tal era su intento.

Por su parte el mariscal Marmont no estuvo ocioso. Fijo en Castilla la Vieja por órdenes formales de Napoleón, al saber la extremidad á que la plaza de Badajoz se hallaba reducida, apeló á la maniobra que se le había prescrito. Pasó el Águeda con cinco divisiones no pudiendo llevar más consigo, dispersó á las partidas que infestaban el país, rechazó á los destacamentos de las tropas inglesas que guardaban las fronteras de Portugal, y luego se detuvo por miedo de carecer de víveres, y también por convicción de que nada hacía de provecho. Sin embargo, su maniobra no quedó absolutamente sin fruto, pues al saber su aparición lord Wellington, que pudiera lanzarse sobre el mariscal Soult, constándole que no tenía más de veinticuatro mil hombres, suspendió inmediatamente su marcha, y volvió á tomar el camino del Norte de Portugal.

Viendo Napoleón caer una tras otra las dos plazas que habían costado tanta sangre y tantos esfuerzos, y que eran los principales obstáculos situados en el camino de los ingleses, ya hacia el Norte, ya hacia el Mediodía, mostróse tan afligido como irritado, achacando la culpa á todos; al mariscal Soult porque, según su dicho, con ochenta mil hombres no hacía nada; al mariscal Marmont por no haber modificado sus órdenes ex-

pedidas á trescientas leguas del teatro de la guerra. Estos cargos no eran completamente merecidos. A la sazón el mariscal Soult no tenía más que cincuenta mil hombres disponibles, y no se pudiera oponer seriamente á las empresas de los ingleses sino sacrificando á Granada. Su error verdadero consistió en dejar inútilmente al general Drouet en Extremadura, donde este cuerpo nada podía, y en no agregársele simplemente, dejando en Badajoz diez mil hombres y alguna caballería con municiones bastantes de boca y de guerra. Así Badajoz se sostuviera muchos meses, dando lugar á que se le llevara socorro. Por lo que hace al mariscal Marmont, la orden de permanecer en Castilla la Vieja, de no bajar á Extremadura y de no ir en auxilio de Badajoz más que por medio de una diversión operada en la provincia de Beira, era tan terminante, que ningún general, por atrevido que fuera, osara infringirla.

La posición que este mariscal tomó desde el principio en Almaraz junto al Tajo era la única conveniente, la única que le hubiera permitido trasladarse alternativamente á Ciudad Rodrigo ó Badajoz con socorros. Efectivamente, si se le concediera un refuerzo de veinte mil hombres que situara en Salamanca, hubiera podido marchar sobre Badajoz con los treinta mil que tenía junto al Tajo, y reunido al ejército de Andalucía presentara á lord Wellington cincuenta y cinco mil hombres muy bastantes para salvar aquella plaza. Si por el contrario el peligro amenazara hacia el Norte, hubiera podido repasar el Guadarrama, y encontrando los veinte mil hombres establecidos en Salamanca, presentara también á lord Wellington cincuenta mil soldados en torno de Ciudad Rodrigo, y desbaratara así todas sus tentativas. Negándole Napoleón un refuerzo de veinte mil hombres y fijándole en Castilla la Vieja, hizo la caída de Badajoz casi inevitable. Ciertamente era oportuno el pensamiento de una diversión operada desde Salamanca hacia Beira, como debía serlo todo pensamiento de Napoleón sobre cosas de guerra, y las resultas acababan de demostrarlo, puesto que atrajo á lord Wellington hacia el Norte de Portugal al día siguiente de la toma de Badajoz; pero le atrajo al día siguiente y no el día antes.

Este pensamiento era oportuno, bien que de una oportunidad general, que en la ejecución no basta, pues sin una exactitud rigurosa en los cálculos de las distancias, de los tiempos y de las fuerzas, los pensamientos más oportunos vienen á ser ó quiméricos ó fatales. Sin duda, si Badajoz contuviera diez mil hombres de guarnición y víveres y municiones en cantidad suficiente; si el duque de Ragusa contara con cincuenta mil hombres suyos ó tomados del ejército del general Caffarelli, puesto bajo su mando; si tuviera además almacenes siempre abastecidos, y con estas condiciones marchara formalmente sobre Coímbra, por segunda vez soltara lord Wellington la presa, abandonando el sitio de Badajoz. Pero teniendo apenas con qué defenderse esta plaza, y no pudiendo el duque de Ragusa hacer más que una vana amenaza con los medios de que disponía, era imposible con una simple demostración sobre Beira desviar de su objeto á un espíritu tan sensato y tan firme como el de lord Wellington. Así en 1811 como en 1810 abortaron todas las combinaciones y vinieron á ser impotentes todos los refuerzos en España. Antes de bos-